

Emancipación tardía y estrategia familiar

(El caso de los hijos que ni se casan ni se van de casa)

Enrique Gil Calvo

Universidad Complutense de Madrid

Dada la evidencia de un progresivo retraso en el calendario de la emancipación juvenil, mucho más acentuado en las áreas europeas meridionales, se discuten las posibles razones que lo explican. Para ello se repasan sucesivamente las interpretaciones economicistas, las perspectivas institucionales comparadas, los enfoques culturalistas y por último los modelos que atienden a las estrategias familiares de ascenso social.

Palabras clave: Emancipación Juvenil, Empleo Juvenil y Precariedad Laboral, Estrategias Familiares

Tanto para la opinión pública como para la sociología de la juventud, la cada vez más tardía emancipación de los jóvenes resulta un tema de especial preocupación, sobre todo para los países del sur de Europa como Italia y España, donde este retraso resulta comparativamente mucho más pronunciado que en el resto del mundo occidental. Y lo más alarmante es el hecho de que los datos, en los que aquí no se va a entrar, no parecen verse sensiblemente afectados por la mejora en las cifras de empleo durante los periodos de reactivación económica, como cabría esperar. De este modo sucede como si el problema, desde que comenzó a plantearse durante los años ochenta, se hubiera enquistado en el tiempo hasta hacerse independiente del ciclo económico, permaneciendo insensible a los diferentes tratamientos con que se ha intentado corregirlo. De ahí que haya llegado a convertirse en una especie de enigma que despierta el interés de los investigadores y la curiosidad del público en general, que se interroga sobre las posibles causas que explicarían un hecho tan sorprendente. Y como las interpretaciones propuestas son múltiples, variadas y contradictorias entre sí, quizá convenga tratar de ordenarlas, esbozando una especie de cartografía sintética de los modelos analíticos más utilizados. Para ello los dividiré en tres clases de modelos afines entre sí (*económicos, institucionales y culturales*), para pasar después a discutir un cuarto modelo, que me parece el más interesante o prometedor, y que llamaré *estratégico*.

Interpretaciones economicistas

La mayoría de los argumentos ofrecidos para explicar el retraso de la emancipación juvenil se basan en última instancia en lo que podemos llamar, utilizando la jerga de los economistas, el *efecto-renta*. Si los jóvenes prolongan su dependencia familiar es forzados por la necesidad material, que les impide hacerlo cuando *querrían* y les obliga a posponerlo hasta el momento en que *puedan*. Lo cual presupone la hipótesis de que el principal determinante de la decisión de emanciparse no es tanto el nivel relativo de recursos disponibles como la certidumbre que se abrigue sobre su futura estabilidad previsible. A fin de cuentas, emanciparse implica *casarse* (lo que incluye a las parejas *de hecho* entre cohabitantes), en el sentido de *poner casa* y crear un hogar (aunque sea *unipersonal*). Pero hacerlo resulta arriesgado, por lo que no parece prudente atreverse a ello hasta que no se tenga la seguridad de contar con una fuente indefinida de recursos suficientes. Y esto exige no sólo un empleo estable, remunerado con ingresos apreciables, sino la capacidad de costearse tanto el acceso perdurable a una vivienda en propiedad o alquiler como también lo necesario para proporcionar un mínimo de calidad de vida a todos los miembros de la familia a formar.

Por ello, la primera y más inmediata causa que se esgrime para explicar el aplazamiento de la emancipación es *el empleo*, en términos tanto de cantidad (tasa de desempleo juvenil) como de calidad (nivel de precariedad laboral). Cuando el paro de los jóvenes crece, la edad de emancipación se retrasa. Pero esta ecuación no es reversible, pues puede no cumplirse a la inversa. Así sucede ahora, cuando la reactivación

de la tasa de ocupación juvenil, ocurrida desde 1995, no ha sido capaz de invertir la tendencia, favoreciendo el adelanto de la edad emancipatoria. ¿Por qué? Sin duda, porque el empleo que se ha creado es de muy mala calidad, dada su extrema temporalidad. En suma, el peor factor es la tristemente célebre *precariedad laboral*, que al ofrecer a los jóvenes sólo contratos limitados en el tiempo, les impide comprometerse duraderamente, instalarse por su cuenta o establecer planes a largo plazo.

Tras la estabilidad de la fuente de recursos, la segunda causa en importancia es su cuantía, que ha de estimarse en términos relativos. El poder adquisitivo de los salarios a los que acceden los jóvenes resulta claramente insuficiente comparado con los *costes de transacción* en los que se ha de incurrir para casarse o poner casa propia. Y entre tales costes destaca ante todo el de la *vivienda*, como es público y notorio, cuyos alquileres mensuales (o letras de la hipoteca necesaria para adquirirla) están muy por encima del salario inicial de entrada que perciben los jóvenes en promedio. No es necesario insistir en esto. Pero la vivienda, incluso con todo su gasto general (alimentación, equipamiento, etc), no es el único coste de formar familia, pues si además se desea tener hijos, entonces resulta que también su precio se ha disparado, tanto en términos de *coste de oportunidad* (pues para criarlos hay que renunciar a *tiempo de trabajo* progenitor) como de consumos necesarios para poder mantenerlos al nivel que se demanda en la actualidad: guarderías, parafarmacia, imagen y moda infantil, material escolar, servicios personales, subcultura adolescente, formación extracurricular, etc.

Pero quizás el más imponderable factor económico a tener en cuenta sea el tercero, consistente en el crecimiento de la *incertidumbre* de futuro, que resulta muy difícil de medir, valorar o estimar. Pues si los jóvenes tardan tanto en casarse o poner casa por su cuenta y riesgo es precisamente por eso: por el crecimiento del *riesgo* (Beck, 1998), que les impide aventurarse a hacerlo sin un mínimo de precautoria seguridad. Al respecto debe recordarse que a partir de los años ochenta se ha producido la llamada *segunda ruptura industrial* (Piore y Sabel, 1990), que al introducir por doquier los procesos de *especialización flexible* que son necesarios para ajustar la oferta a la demanda *just in time*, ha reconvertido el tejido económico haciendo emerger la sociedad *post-industrial*, fundada en la terciarización de los nuevos servicios con masiva introducción de tecnologías de la información (Freeman y Soete, 1996). A esto se sobreañade la llamada *nueva*

economía, que valora las empresas no por su productividad o su contabilidad sino por el *efecto-riqueza*, entendido como rentabilidad financiera basada en la cotización bursátil. Pero el valor de las Bolsas es tan impredecible como las pompas de jabón, y sus espejismos oscilan péndularmente entre la euforia y el pánico. En consecuencia, la imprevisible *confianza* de los inversores se ha convertido en la variable independiente que determina el curso de la economía, creando un clima general de incertidumbre. Y en tales condiciones, la volatilidad del capital desaconseja cualquier inversión.

Pues bien, esta generalización del riesgo, la volatilidad y la incertidumbre ha terminado por afectar a las decisiones que los jóvenes toman o dejan de tomar. Si el futuro es tan incierto y volátil (Gil Calvo, 1993 y 1995), ¿cómo arriesgarse a tan costosa inversión personal, como es la de renunciar a la segura dependencia familiar para pasar a poner casa y formar un hogar, cuyo futuro a medio y largo plazo resulta más inseguro e imprevisible que nunca?. Si casarse implica construir con esfuerzo y constancia un costoso destino común, ¿cómo arriesgarse a hacerlo cuando no existe certidumbre ninguna de que tal comunidad de destino resulte siquiera posible?. De hecho, una de las principales razones que explica la renuncia (o renuencia) a casarse, es el crecimiento del riesgo de divorcio, que ya se aproxima en Norteamérica y Europa noroccidental al 50%. En tales condiciones, ¿a quién podría entusiasmarle la idea de hipotecarse comprando una casa que habrás de negociar con tu excónyuge en cuanto se divorcie de ti? Pero esta incertidumbre sobre el destino conyugal no es la única, pues también se manifiesta la misma incertidumbre de futuro en la renuncia (o renuencia) a tener hijos, dada la patente inseguridad sobre el futuro que les aguarda.

Y en esta misma línea podrían aportarse argumentos economicistas adicionales, que expliquen el aplazamiento de la decisión de emanciparse como producto de un cálculo racional, que compara los inciertos beneficios y seguros riesgos esperables de la emancipación con el contante y sonante lucro cesante derivado de cancelar la dependencia familiar. De ahí que a veces se tienda a acusar a los jóvenes de gorriones, parásitos o explotadores, que no dudan en seguir exprimiendo la teta familiar con tal de evitarse el amargo trago de independizarse ganándose la vida por propia cuenta y riesgo. Pero aunque este argumento del chupón o *free rider* es sin duda económico (Olson, 1992), en realidad so lo suele esgrimir como acusación cultural de malevolencia, cinismo o pérdida de valores, a

lo que habrá que regresar después. Por eso concluiré la sección señalando los puntos flacos del enfoque económico.

Si la única causa de la prolongación de la dependencia juvenil fuera el *efecto-riqueza*, habría que esperar un cierto grado de *elasticidad* en la edad de su emancipación ante la variación de los parámetros. Pero no hay evidencia de ello, pues los cambios en variables como el empleo y la vivienda no parecen afectar a la decisión de emanciparse. Por ejemplo, dado el diferencial que existe en España entre unas y otras Comunidades Autónomas en materia tanto de nivel de empleo como de precio de la vivienda, cabría esperar una elástica movilidad geográfica de los jóvenes, que compensarían esos desniveles acudiendo a casarse a los territorios de mayor estabilidad laboral y menor precio de la vivienda. Pero no parece ser así. Por el contrario, se produce una resistencia *cuasi* numantina a desplazarse, saliendo definitivamente de la casa paterna. Lo cual podría indicar la sobrevivencia de algún residuo de dependencia *cultural*, además de la económica. Volveremos sobre ello.

Perspectivas institucionales comparadas

Pero antes de abandonar el enfoque económico, conviene contrastar su insuficiencia con otro modelo relacionado con él, aunque sin duda distinto, que contribuye a clarificar y a completar las carencias de aquél. Me refiero al enfoque institucionalista de economía política, que explica el comportamiento de los sujetos no en función de su cálculo racional sino a partir de la trama institucional de su entorno. Además, este modelo se funda en la perspectiva comparada entre unas sociedades y otras, lo que diversifica el efecto de sus variables. Y así se explicaría el que, con un mismo sistema capitalista y casi el mismo mercado de trabajo, los jóvenes se emancipen en unos países antes que en otros.

En este sentido, una primera explicación está fundada en las *formas de familia*, que son diferentes según la senda institucional del devenir histórico. Emmanuel Todd (1995) ha propuesto distinguir en Europa cuatro vías diferentes de institucionalización, según cómo sean las distintas *bases familiares*, a las que clasifica en una tipología obtenida cruzando dos variables dicotómicas: el *igualitarismo* entre hermanos, que aquí no nos interesa, y el *autoritarismo* patriarcal, en función del grado de dependencia familiar. Y en este último aspecto, Todd propone distinguir entre territorios donde

predominan las familias *paternalistas*, que tienden a mantener a sus hijos en la dependencia hasta edades avanzadas, como sucede con las familias troncales o de linaje, y aquellos otros donde son mayoritarias las familias *liberales*, que inducen la más temprana emancipación de sus hijos: como pasa con las familias nucleares anglosajonas (McFarlane, 1987). Pues bien, de aplicar este modelo, deberíamos considerar la hipótesis, que luego retomaré, de que la tardía emancipación de los jóvenes europeos meridionales pudiera estar en parte predeterminada por la sobrevivencia cultural de un modelo *católico* de familia, secularmente heredado del latino *pater familias*.

Pero el artefacto hipotético de Todd, aunque muy sugestivo y de refinada metodología cartográfica, resulta demasiado especulativo y popperianamente *irrefutable* como para poderlo contrastar. De ahí que no nos sirva. En cambio, existe otro modelo institucionalista mucho más empírico y contrastable que también propone distinguir en Europa áreas institucionales opuestas, y que además está directamente relacionado con la cuestión que nos ocupa. Me refiero, claro está, al de Gösta Esping-Andersen (1993), que contrapone tres distintos *regímenes de bienestar*, en función de su respectiva senda (*path*) de institucionalización política, cuyo pasado recorrido histórico les predetermina. Y de acuerdo a su modelo, tenemos de un lado la senda liberal o anglosajona, donde el bienestar es responsabilidad individual y sólo está provisto por el Mercado, siendo Familia y Estado accesorios residuales; luego está la senda socialdemócrata o escandinava, cuyo bienestar también es de responsabilidad individual pero está provisto por el Estado, siendo Mercado y Familia meros auxiliares accesorios; y por fin aparece la senda conservadora o demócrata-cristiana, donde el bienestar es responsabilidad del cabeza de Familia, que debe proveer la protección de sus familiares dependientes con el auxilio subsidiario del Estado.

Y el ejemplo más extremo de este último caso es el modelo latino-mediterráneo (Sarasa y Moreno, 1995; Flaquer, 2000), donde el *pater familias*, gracias al *salario familiar* que recibe del Mercado y a las *pensiones familiares* que él, su viuda o sus huérfanos perciben del Estado, ejerce el control tutelar sobre todos los familiares a su cargo, manteniéndolos en la dependencia y coordinando a cambio el solidario bienestar familiar, exclusivamente fundado en el trabajo doméstico de las mujeres de la familia. En este modelo, la emancipación de los jóvenes es muy tardía, la tasa de actividad económica femenina es muy baja y la desigualdad entre los géneros y entre las edades resulta

extrema. Se advertirá el estrecho paralelo que cabe reconocer entre este modelo y el de familia autoritaria o paternalista que hemos visto con Todd.

Sin embargo, esta tipología de los *tres mundos* (o sendas históricas de institucionalización) del Estado de bienestar no sólo se aplica al modo en que se organiza la protección pública de los derechos sociales sino que también resulta aplicable a otras serie de variables relacionadas, especialmente las demográficas, que constituyen la *base social* de las economías políticas (Esping-Andersen, 2000). Es lo que sucede con las tasas de nupcialidad, de fecundidad y de actividad económica femenina, igualmente diferenciadas según las mismas áreas citadas (Caldwell *et al.*, 1995). Pues se da la paradoja de que mientras el modelo nórdico presenta el mayor nivel de empleo femenino, al mismo tiempo exhibe la más alta fecundidad, sobre todo extraconyugal (pues más de la mitad de los nacimientos son extramatrimoniales), dada la capacidad que tiene el sistema de favorecer el que las mujeres asuman por sí solas la responsabilidad familiar como titulares de un hogar matrifocal. En cambio, en el modelo cristianodemócrata sucede a la inversa, pues determina la más baja tasa de actividad económica femenina y a la vez la más baja tasa de fecundidad casi exclusivamente conyugal (pues los nacimientos extramatrimoniales son muy bajos), lo que parecería representar una contradicción en los términos, generándose un círculo vicioso que Esping-Andersen (2000) denomina *equilibrio de baja fecundidad*.

Pues bien, podemos servirnos de este modelo para interpretar los datos italianos o españoles sobre el superior retraso de la emancipación juvenil, comparada con la edad media europea. Y así reconoceremos que el problema no reside tanto en el mercado de trabajo, (responsable del elevado paro y el precario empleo juvenil), o en el mercado de la vivienda (causante del inaccesible coste de *casarse*), como en la peculiar institucionalización latino-católica del Estado de bienestar, históricamente construido por los regímenes fascista y franquista, que ha determinado una estructura de incentivos que penaliza la actividad económica de jóvenes y mujeres al mismo tiempo que fomenta su común dependencia del cabeza de familia como sustentador principal del hogar.

Y de esta estructura de incentivos se deriva no sólo el retraso de la tardía emancipación juvenil sino otros indicadores análogos, como son la bajísima tasa de natalidad, la baja tasa de nupcialidad y divorcialidad, la

ínfima tasa de empleo femenino y el muy inferior nivel de fecundidad extramatrimonial (todo ello en comparación con los promedios europeos). Y es que, a causa de este *paternalismo* latino, los varones jóvenes no se atreven a casarse hasta que no alcanzan la posición de *padre-padrone*, capaz de actuar como *macho proveedor* o sustentador dominante de la familia, mientras que las mujeres jóvenes tampoco se atreven a poner casa y tener hijos sin la legítima protección de un *padre-marido* que las respalde como responsable titular del hogar.

Enfoques culturalistas

Con ello nos introducimos de lleno en las interpretaciones culturalistas, pues, en definitiva, estos tres mundos o sendas de institucionalización del estado de bienestar se corresponden casi exactamente con las fronteras históricas entre las tres grandes religiones del cristianismo occidental: calvinista (para el mundo anglosajón-liberal), luterana (la socialdemocracia nórdica) y católica (de modelo democristiano y latino-mediterráneo). Pero aquí no seguiré esta línea, ya explorada en la sección anterior (Todd, 1995), sino que me centraré en otras dimensiones culturales o normativas, como son las actitudes morales y cognitivas que mueven o animan a los sujetos al adoptar las decisiones que toman. Esta materia se ha desarrollado mucho últimamente, dentro de los denominados *cultural studies* que también cabe llamar *culturología* (Morán, 1997), con metodologías cualitativas o etnográficas que analizan textos y discursos, relatos y rituales o símbolos y metáforas, perfectamente aplicables al estudio de la emancipación juvenil, pero en las que aquí no resulta posible entrar. Y en su lugar me referiré a otros enfoques culturalistas mucho más tradicionales, que analizan la emancipación juvenil en términos de socialización normativa.

Es éste, precisamente, el enfoque que usa aquella corriente quizá mayoritaria de la opinión pública, a la que me referí antes, que interpreta el retraso de la emancipación de los jóvenes como producto de su parasitario egoísmo, utilizando para ello la clásica retórica perversa de culpar a las víctimas haciéndolas únicas responsables de sus propias desgracias. Pero si dejamos de lado las vulgarizaciones periodísticas, los únicos argumentos sociológicos que a este respecto resultan mínimamente respetables son los utilizados por aquellos conservadores moralistas que, como Daniel Bell (1977) o James Coleman (1989), lamentan que se haya perdido la *ética del trabajo*, en la que

presuntamente se socializaba la juventud antaño, para ser sustituida por una nueva *ética del ocio*, aprendida en la consumista y hedonista *subcultura estudiantil*, que genera fracaso escolar y obstaculiza gravemente la integración laboral de los jóvenes. No obstante, lo más corriente es que de semejante *crisis de valores* se culpe no tanto a los jóvenes como a sus propias familias, cuya pérdida de autoridad moral les impediría ejercer con propiedad sus responsabilidades educativas, cayendo en una peligrosa pendiente de permisividad y tolerancia que conduciría finalmente a sus hijos al fracaso de sus oportunidades emancipatorias.

Más tarde volveré sobre esta hipótesis de la pérdida de autoridad familiar, que hacer recaer las culpas sobre el trabajo materno y la crisis de la paternidad. (Fukuyama, 2000). Pero antes quiero explorar otra vertiente de la vía mencionada, que apunta a los hijos como responsables del bloqueo de su propia emancipación. ¿En qué medida los jóvenes *eligen* por propia voluntad una estrategia de emancipación tardía? Es verdad que, en muchas encuestas, hay jóvenes que responden manifestando que *prefieren* permanecer dependiendo *sine die* de sus familias, pues en ningún sitio se está mejor que *en casa* (la de sus padres, se entiende). Pero esto podría ser un casi típico de *preferencias adaptativas* (Elster, 1988), en estricta aplicación de la fábula de la zorra y las uvas, que decía no quererlas para no admitir que no podía cogerlas. Y lo mismo hacen los jóvenes con el quiero y no puedo de su emancipación. Como se saben impotentes para emanciparse, fingen no querer hacerlo con la dudosa justificación de su presunto egoísmo racional.

¿Se comportan los jóvenes, en efecto, como oportunistas parásitos de sus familias, hechos unos alevines del *homo economicus* que sólo persigue su propio interés, teorizado por la teoría neoclásica de la *elección racional*? Cabría dudarlo, pues en el resto de su conducta suelen destacar otros elementos más expresivos y desprendidos, o menos interesados y utilitarios, y por lo tanto habría que catalogar a los jóvenes como aprendices de Jekyll y Hyde (Gil Calvo, 2001). Pero poco importa que lo sean o no, pues, en realidad, cualquier comportamiento, sea egoísta o altruista, resulta igualmente justificable en los abstractos términos de la teoría de la elección racional. Así que olvidémosla y vayamos a lo que importa. Pues lo que parece indudable es que se ha producido un *cambio de preferencias* normativas por parte de los jóvenes. La generación de los sesenta prefería emancipaciones tempranas, y por eso en cuanto podían sus jóvenes miembros se iban de casa (paterna), dispuestos a correr

la vida. Mientras que, en cambio, la generación del 2000 prefiere emancipaciones tardías, y apuesta por quedarse todo el tiempo que pueda en casa de su familia. ¿Por qué?

Ha sido probablemente Ronald Inglehart (1992) quien mejor ha teorizado este cambio cultural de preferencias que en el último cuarto de siglo ha experimentado la juventud occidental, y a su bien conocido modelo me remito, sin necesidad de comentarlo aquí. Pero sí deseo relacionarlo, en línea con el argumento de la elección racional, con la extraordinaria elevación del capital humano disponible por la juventud actual. El importante crecimiento en cantidad y calidad de la escolaridad de los jóvenes (precisamente surgido como compensación al bloqueo de su emancipación), y sobre todo su igualación entre ambos géneros y su democratización por todas las clases sociales, han determinado que el nivel de *racionalismo* se haya multiplicado hasta invadir casi todas las esferas del comportamiento juvenil, incluido el demográfico, como es la edad a la que su emancipación haya de producirse.

Y en este sentido, todo parece indicar que a los jóvenes actuales les parece mucho más racional (en el sentido de madura, reflexiva, prudente y sensata) una emancipación tardía que una emancipación temprana. No por mucho madrugar amanece más temprano, reza el refrán. Y aunque no se suele escarmentar en cabeza ajena, lo cierto es que los desastrosos resultados a los que condujo la inmadura (por precoz y temprana) emancipación protagonizada por la generación de los sesenta, que con su pueril *perversidad polimorfa* lo quiso *todo y ahora*, siendo por ello incapaz de evitar su caída en la corrupción (Gil Calvo, 1995-b), han debido aconsejar una rectificación a sus hijos, que parecen predisuestos a no caer en los mismos errores de sus mayores. Y esto les lleva a planificar su senda emancipatoria con mucha mayor precaución y cautela, acometiendo cada cosa a su tiempo y empezando a construir su casa no por el tejado sino por sus cimientos.

Sobre todo a la mitad femenina de la generación, que ha aprendido a hacer lo contrario que sus madres. Pues las jóvenes de los sesenta, para poder romper cuanto antes con sus familias, no dudaron en adelantar cuanto antes la edad de sus bodas y sus primeros embarazos, que se rejuvenecieron extraordinariamente incluso a costa de suspender su carrera escolar. El resultado fue tanto un baby-boom de desastrosos efectos retardados como la más flagrante contradicción de las jóvenes *sesenteras*, que de boquilla se hacían las revolucionarias y

feministas liberadas mientras que en la práctica pasaron a depender muy tempranamente de sus flamantes padres-maridos, como santas y legítimas esposas. Lo cual demostró lo pernicioso que puede ser una precoz emancipación anticipada. Y como compensación sus hijas han caído en el extremo opuesto, aprendiendo a preferir, como las nórdicas, los seguros resultados de una emancipación tardía, que antepone primero el éxito académico; luego, la conquista de la propia independencia económica, a través de la estable consolidación profesional; y sólo después, ya entrada la treintena, la posible maternidad autodeterminada, por último.

En suma, la evidencia femenina demuestra lo irresponsable que resulta una emancipación precoz, temprana e inmadura, tal como sucede con las madres adolescentes que, por una mal entendida necesidad de independizarse cuanto antes de sus familias, arruinan irreversiblemente tanto su propia carrera como la de sus hijos, al recortar o amputar gravemente su stock de oportunidades vitales. Y esta lección también la han aprendido sus equivalentes masculinos, pues si un compromiso matrimonial o maternal excesivamente precoz arruina el futuro de las chicas, lo mismo sucede con el temprano compromiso político que antes asumían los chicos de la generación anterior, jugándose la vida al apostarla a la sola carta de su afiliación a un partido, antes de haber adquirido la suficiente madurez, responsabilidad e independencia personal. De ahí que ahora los jóvenes de ambos sexos prefieran formas de participación cívica menos comprometedoras, que les dejen las manos libres para revocarlas o transformarlas en el futuro. Y lo mismo sucede con las demás esferas del comportamiento, pues, igual que sucede con el emparejamiento, lo racional es no comprometerse hasta que no se posea la independencia necesaria y las alternativas suficientes como para poder revocar o al menos renegociar los compromisos contraídos.

Pero como parece evidente, no todo es decidido por las preferencias de los jóvenes, pues alguna influencia han de tener sus padres en la marcha de su proceso de emancipación. En la próxima sección abordaré finalmente las estrategias familiares propiamente dichas, pero, ya que estamos ahora con los enfoques normativos, antes quiero situar la actuación de los padres en perspectiva cultural. Un poco más arriba he aludido a que ciertos autores, como Fukuyama (2000), tienden a culpar a los progenitores por el fracaso de la emancipación de sus hijos: a las madres, por trabajar fuera de casa, robándoles así atención educativa a sus hijos; y a los padres, por haber perdido su autoridad o

no saber ejercer con propiedad. El argumento sobre el trabajo femenino es puramente reaccionario, y no merece consideración. Pero la cuestión paterna quizá resulte importante. Es la conocida temática del *padre ausente*, a la que, en estos tiempos de incremento de los hogares matrifocales (Roussel, 1995), se culpa de todos los males, y especialmente del fracaso de la emancipación de los hijos. Como en otro lugar he rebatido estos argumentos (Gil Calvo, 1997), no parece preciso repetirse aquí.

Pero quizá convenga replantear la cuestión. En realidad, los padres siempre han estado *ausentes* de los hogares: no por el divorcio tanto como ahora, pero sí desde luego por su resistencia a compartir la responsabilidad educativa. Incluso algunos sostienen con datos que, en realidad, los *nuevos padres* están más presentes en los hogares que nunca (Meil, 1999). Pero de lo que aquí se trata no es tanto de esta clase de presencia moral o física de los padres en el hogar sino de su influencia a la hora de inducir, orientar o dirigir la emancipación de sus hijos. Y es en este sentido en el que muchos afirman que se está produciendo ahora un cierto eclipse de la función paterna (Flaquer, 1999). Cumplir con el papel de padre exige no sólo tener hijos sino *sacarlos adelante* con éxito, lo que significa *colocarles*, es decir, ayudarles a emanciparse. Pues bien, esta función paterna es la que ahora se estaría eclipsando, al verse cada vez más obstruida o imposibilitada en la práctica.

Lo cual significa replantear la otra cara de la emancipación juvenil. El problema no residiría tanto (o no sólo) en las dificultades que encuentran los propios jóvenes para emanciparse a sí mismos, sino sobre todo en los obstáculos que impiden a los padres cumplir con su obligación de ayudar a sus hijos a emanciparse. ¿Qué tipo de nuevas dificultades paternas son éstas? No tanto la pérdida de autoridad moral en el interior de la familia (sea por la razón que fuere, como por ejemplo el trabajo femenino o el superior nivel cultural de sus hijos), según sospechan los psicólogos, como por la pérdida de su *poder social* externo. Los *viejos* padres podían *colocar* a sus hijos ayudándoles a emanciparse porque disponían de recursos para ello, mientras que los *nuevos* padres *quieren* pero *no pueden*, al faltarles los medios de hacerlo.

Y estos recursos paternos que son necesarios como medio de colocar a los hijos son sobre todo lo que Pierre Bourdieu (1988) llama *capital social* y *cultural*. O sea, la red de relaciones sociales y el stock de conocimientos e informaciones que son necesarios para poder sacar

adelante a los hijos ayudándoles a colocarse. ¿Y por qué se está deteriorando el capital social y cultural de los padres actuales? Sin duda, como consecuencia del cambio tecno-económico que ha reestructurado drásticamente el tejido ocupativo (Piore y Sabel, 1990; Freeman y Soete, 1996), introduciendo con su discontinuidad una cuña infranqueable entre la generación de los padres y la de sus hijos. Pues mientras aquéllos poseen un capital humano (social y cultural) que era el adecuado para ocupar puestos en la vieja economía industrial, ahora semejante capital ya no puede ser en absoluto utilizado para facilitar la integración de los hijos en la nueva economía postindustrial, por lo que éstos quedan objetivamente situados en la posición de *huérfanos* (Théry, 1997).

Estrategias de emancipación familiar

Con esto abandonamos el enfoque cultural y adoptamos un planteamiento estratégico, que permite superar el implícito individualismo metodológico presente en los modelos economicistas que se vienen utilizando. Pues hasta ahora hemos contemplado por separado dos diferentes estrategias unilaterales. De un lado, la *emancipatoria* de los hijos, que anticipan o posponen la decisión de romper con su dependencia familiar. Y del otro, la *sucesoria* de sus padres, que tratan de *clasificar* a sus hijos ayudándoles a *colocarse* en su misma o superior *clase* social (Flaquer, 1999). Pero de lo que se trata es de advertir que ambas estrategias, la emancipatoria de los hijos y la sucesoria de sus padres, están bilateralmente relacionadas, conformando una común *estrategia familiar* (Garrido y Gil Calvo, 1993), a la vez emancipatoria y sucesoria.

Y en este sentido, el retraso de la emancipación juvenil también puede ser entendido como un aplazamiento de la sucesión familiar, tal y como sucedía con la vieja familia troncal o de linaje, en la que los sucesores no heredaban el patrimonio hasta que no desaparecía su anterior titular. Pues bien, lo mismo sucede hoy con las familias de la nueva sociedad postindustrial, que de común acuerdo prefieren posponer la emancipación de sus hijos hasta tanto puedan adquirir un status equivalente o superior al nivel ocupado por la familia. Lo cual vendría a significar una postmoderna y paradójica *persistencia del antiguo régimen familiar* (Meyer, 1984). De ahí que a veces se hable de *complicidad* entre padres e hijos, como si aquéllos tolerasen resignados o incluso fomentasen complacidos el aplazamiento *sine die* de la emancipación de éstos, al patrocinar su sobreprotectora dependencia en lugar de exigirles que

se emancipen cuanto antes empezando a volar por su cuenta. Pero semejante opción no tiene por qué implicar necesariamente una deserción o una perversión de la autoridad paterna, como creen los reaccionarios que se lamentan del *eclipse* del padre, sino que halla pleno sentido entendida como una estrategia sucesoria de excepción, que resulta funcional y adaptativa en tiempos de reconversión y crisis social.

Como sabemos por Bourdieu (1988 y 1991), las estrategias familiares intentan lograr la *movilidad* ascendente de sus hijos (a través de la *hipergamia*, por ejemplo), que se alcanza cuando éstos adquieren tras emanciparse un status superior al de sus padres. Y si no se llega tan alto, las familias se conforman con lograr la *reproducción* de la misma clase social heredada (a través de la *homogamia*, por ejemplo), lo que en entornos cambiantes exige una estrategia familiar de *reconversión*, invirtiendo en educación a fin de que los hijos mantengan con otra profesión la misma posición relativa que su familia ocupaba respecto de las demás familias. Todo con tal de evitar el abismo del desclasamiento o degradación social de los hijos, si estas estrategias de ascenso, reproducción o reconversión fracasan (Echevarría Zabalza, 1999: pp. 63-89).

Pues bien, el desanclaje estructural de las familias y sobre todo de sus hijos, causado por la desestructuración post-industrial de los mercados de trabajo, está impidiéndoles llevar adelante con éxito su estrategia familiar preferente, que sería la de *colocarlos* en su mismo nivel, si es que no se los puede *elegir* a un nivel superior. La razón de semejante imposibilidad es la nueva división del trabajo resultante de la reconversión tecnológica, que ha destruido el tejido ocupativo en que se insertaban las familias, por lo que sus hijos no pueden sucederles *heredando* sus mismos puestos de trabajo, que están caducando, se devalúan hasta amortizarse o ya se han extinguido. Así, el futuro que aguarda a sus hijos es el equivalente a una generación de huérfanos que no tuviera patrimonio familiar que heredar (Théry, 1997), lo que implica discontinuidad sucesoria, degradación del status y desclasamiento social.

Y ante semejante bloqueo de su estrategia progenitora, las familias sólo cuentan con tres opciones, combinables entre sí. Se puede reducir el esfuerzo progenitor, renunciando a tener hijos o posponiendo indefinidamente la decisión de tenerlos. Efecto de esta primera estrategia es la caída de la fecundidad que hoy

se ceba en el sur de Europa. O bien se puede prolongar la dependencia familiar de los hijos hasta edades cada vez más tardías, esperando a que cambie la suerte y obtengan ya de adultos algún empleo de nivel comparable al que disfrutaban dependiendo de sus familias. Esta segunda estrategia también la está adoptando la Europa latina o católica. Y también se puede intensificar el esfuerzo familiar para invertir más y mejores esfuerzos educativos en los hijos, confiando en que adquieran los conocimientos necesarios para ganarse por sí mismos una posición propia en la nueva sociedad de la información, que sea en alguna medida equivalente a la que ahora ocupa su familia, pero que ésta ya no les puede transmitir ni asegurar. Y esta tercera estrategia también ha sido adoptada en España e Italia, cuyas familias de clase media no dudan en endeudarse para pagar los estudios de sus hijos en universidades estadounidenses o al menos anglosajonas.

Sin embargo, esta persistencia del antiguo régimen familiar, por la que se aplaza estratégicamente la emancipación de los hijos, tiene sus límites, pues nunca puede alcanzar éxito completo. Es verdad que todavía es demasiado pronto para poder estimar los efectos que la desestructuración de los mercados de trabajo está teniendo sobre la movilidad intergeneracional, y por eso no sabemos si estas estrategias familiares están acertando al emancipar tardíamente a sus hijos en los nuevos entornos ocupativos. Pero aunque fuese así, y sus descendientes lograran conservar su misma o superior clase social, lo cierto es sin embargo que ya no se les podrá considerar *sucesores* de sus familias, dada la gran discontinuidad que parece abrirse entre una generación y otra.

Los padres no sólo corren el riesgo de fracasar al colocar a sus hijos intentado transmitirles sus propios empleos, que desaparecen barridos por la desestructuración postindustrial, sino que igualmente fracasan al transmitirles su propio capital social y simbólico, que también amenaza con evaporarse. Pues a los jóvenes en vías de emancipación, desanclados de las movedizas estructuras post-industriales, de poco les sirven ya los patrimonios morales, las ideologías de clase y las estrategias familiares que poseían sus padres. De ahí que, aunque sólo sea en este sentido, haya que considerarles como una generación de huérfanos, destinados a verificar la paráfrasis del poema: caminante no hay camino, pues el paterno está destruido, y hay que abrir otro nuevo al andar.

Bibliografía

- Ulrich Beck (1998): *La sociedad del riesgo*, Paidós Barcelona.
- Daniel Bell (1977): *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid.
- Pierre Bourdieu (1988): *La distinción*, Taurus, Madrid.
- Pierre Bourdieu (1991): *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
- G. Caldwell, K. Stiehr, J. Modell y S. del Campo (1995): "Tres niveles de baja fecundidad", en S. Langlois y S. del Campo (eds.): *¿Convergencia o divergencia?*, Fundación BBV, Bilbao.
- J. Coleman y T. Husén (1989): *Inserción de los jóvenes en una sociedad en cambio*, Narcea, Madrid.
- J. Echevarría Zabalza (1999): *La movilidad social en España*, Istmo, Madrid.
- Jon Elster (1988): *Unas amargas*, Península, Barcelona.
- G. Esping-Andersen (1993): *Los tres mundos del Estado del bienestar*, Alfons el Magnànim, Valencia.
- G. Esping-Andersen (2000): *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Ariel, Barcelona.
- Lluís Flaquer (1999): *La estrella menguante del padre*, Ariel, Barcelona.
- Lluís Flaquer (2000): *Las políticas familiares en una perspectiva comparada*, Fundación La Caixa, Barcelona.
- Ch. Freeman y L. Soete (1996): *Cambio tecnológico y empleo*, Fundación Universidad-Empresa, Madrid.
- Francis Fukuyama (2000): *La gran ruptura*, Ediciones B, Barcelona.
- L. Garrido y E. Gil Calvo (1993), eds.: *Estrategias familiares*, Alianza, Madrid.
- E. Gil Calvo (1993): *Futuro incierto*, Anagrama, Barcelona.
- E. Gil Calvo (1995): *El destino. Progreso, albur y albedrío*, Anagrama, Barcelona.
- E. Gil Calvo (1995-b): *Prisa por tardar*, Taurus, Madrid.
- E. Gil Calvo (1997): *El nuevo sexo débil*, Temas de Hoy, Madrid.
- E. Gil Calvo (2001): *Nacidos para cambiar*, Taurus, Madrid.
- Ronald Inglehart (1992): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid.
- Alan MacFarlane (1987): *La cultura del capitalismo*, FCE, México.

Arno Mayer (1984): *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza, Madrid.

Gerardo Meil (1999): *La postmodernización de la familia española*, Acento, Madrid.

M^a Luz Morán (1997), comp.: "Cultura y política", monográfico de la revista *Zona Abierta* nº 77/78.

Mancur Olson (1992): *La lógica de la acción colectiva*, Limusa, México.

M. Piore y Ch. Sabel (1990): *La segunda ruptura industrial*, Alianza, Madrid.

Louis Roussel (1995): "El futuro de la familia", en VVAA: *El capital humano europeo en el umbral del siglo XXI*, Ministerio de Trabajo, Madrid.

S. Sarasa y L. Moreno (1995), eds.: *El Estado de bienestar en la Europa del Sur*, CSIC, Madrid.

Irène Théry (1997): "La institución familiar sin herederos", en la *Revista de Occidente* nº 199.

Emmanuel Todd (1995): *La invención de Europa*, Tusquets, Barcelona.